

Anaclel Pons es profesor de Historia Contemporánea en la Universitat de València. Recientemente ha publicado (con Justo Serna) La historia cultural (Akal, 2005).

## Sudán: los límites étnicos en el país de los fur

Anaclel Pons

*Se trata de la mayor guerra y la más larga de la historia de África y, seguramente, es la más grande del mundo en el momento presente, pero, como se desarrolla en una provincia profunda de nuestro planeta y no constituye amenaza directa para nadie —en Europa o Estados Unidos, pongamos por caso—, no despierta mayor interés. Por añadidura, los escenarios de esta guerra, sus extensos y trágicos campos de la muerte, a causa de las dificultades del transporte y de las drásticas restricciones de Jartum, permanecen prácticamente inaccesibles para los medios de comunicación: de modo que la mayoría de la gente en el mundo no tiene ni la más remota idea de que Sudán es escenario de una gran guerra.*

Ryszard Kapuscinski, *Ébano*

Como ocurre con otros espacios africanos, se dice de Sudán que es un territorio que embelesa a los visitantes aventureros. Razones no faltan. Este país africano, el primero en conseguir la independencia tras la Segunda Guerra Mundial, es el más grande de África, con una extensión que sobrepasa los dos millones y medio kilómetros cuadrados, unos centenares de miles más que los que ocupan los otros dos gigantes del continente, Argelia y la República Democrática del Congo; un extenso territorio, pues, en el que viven diseminados unos escasos cuarenta millones de habitantes. Atravesado de sur a norte por El Nilo, la mayor parte de su geografía está dominada por una meseta que se corresponde con la cuenca que forma el curso medio de ese gran río. Así pues, nada falta en aquel lejano lugar, ya sean parques naturales o desiertos, ya sean el pintoresco mercado de Omdurman o la pesca y el submarinismo en el Mar Rojo. Y, además, también hay pirámides. Aunque esos monumentos nos hagan evocar inevitablemente a Egipto, si uno se desplaza unos 1.300 kilómetros al sur de El Cairo, en la ribera oriental del Nilo, verá sobresalir las figuras de una decena de ellas, un tanto truncadas, obra de la dinastía nubia Cushita, los llamados «faraones negros». Sin embargo, lo que las distingue de sus vecinas del norte no es tanto su perfil o que sean más pequeñas como su soledad. Alejadas de los grandes recorridos turísticos, en un país con pésimas comunicaciones, allí no hay guías turísticos, ni puestos de refrescos, ni espectáculos coloridos. Sólo pirámides, y algunos arqueólogos occidentales.

Ahora bien, Sudán no es conocido por las bellezas que posee ni por la vida salvaje que cobija, sino por ser escenario del que a buen seguro es el enfrentamiento más duradero que vive África. De hecho, aun cuando se puedan contabilizar los conflictos diciendo, por ejemplo, que ha padecido dos guerras civiles y más de una docena de golpes de Estado, en realidad la violencia ha sido una situación permanente desde que alcanzara la independencia en 1956, con escasos y cortos períodos de relativa paz en los años setenta. Con anterioridad a todo ello, y formalmente desde 1899, Sudán había estado dominado por británicos y egipcios. De aquellos tiempos coloniales ha quedado para la memoria la célebre derrota del general británico Charles Gordon, héroe de la Inglaterra victoriana, vencido en Jartum a principios de 1885 por las huestes locales del Mahdi Mohammed Ahmed, una mezcla de líder militar y mesías religioso. No deja de ser curioso aquel acontecimiento, tantas veces evocado, y lo es en parte por los paralelismos que parece tener con nuestro presente. En la

① Lytton, Strachey, *Victorianos eminentes*, Madrid, Valdemar, 1998.

breve biografía que dedicara a este militar y a otros eminentes victorianos, el historiador Lytton Strachey dejó escrito que para aquel comandante británico sólo había dos hechos evidentes, él mismo y las sagradas escrituras, de modo que su único empeño consistía en descifrar las instrucciones que le esperaban en la Biblia y obrar en consecuencia ①. Persuadido de su sagrada misión y ufano de su poderío militar, el devoto general se propuso evitar el establecimiento de un régimen islámico al tiempo que salvaguardaba los intereses del Imperio. A pesar de las órdenes de su gobierno, contrario a aquella demostración alocada y dispuesto a evacuar la ciudad a la espera de refuerzos, Gordon resistió heroicamente hasta perder la vida de forma atroz y sin lograr su objetivo.

Unos años después, sería otro general británico, Herbert Kitchener, el que recuperaría para el Imperio aquellas tierras, al mando de un ejército entre cuyas filas se encontraba el joven Winston Churchill. Para nuestra fortuna, este último publicaría al año siguiente *The River War*, un breve relato de aquella victoria entremezclado con sus singulares apreciaciones sobre la vida sudanesa. Ya en aquel momento, en 1899, Churchill escribía que en dicho país los indígenas negros eran más numerosos, pero que los habitantes árabes les superaban en poder. Además, estos últimos, más allá de su condición de ganaderos, eran por encima de todo cazadores de hombres, de esclavos. De ese modo, la situación sudanesa quedaba descrita del siguiente modo:

The dominant race of Arab invaders was unceasingly spreading its blood, religion, customs, and language among the black aboriginal population, and at the same time it harried and enslaved them. The state of society that arose out of this may be easily imagined. The warlike Arab tribes fought and brawled among themselves in ceaseless feud and strife. The negroes trembled in apprehension of capture, or rose locally against their oppressors. Occasionally an important Sheikh would effect the combination of many tribes, and a kingdom came into existence – a community consisting of a military class armed with guns and of multitudes of slaves, at once their servants and their merchandise, and sometimes trained as soldiers. The dominion might prosper viciously till it was overthrown by some more powerful league ②.

② Por comodidad, cito *The River War* en la versión electrónica del Project Gutenberg: <<http://www.gutenberg.org/dirs/etext04/7rivr10.txt>>. De hecho, existe una reciente traducción: *La guerra del Nilo: crónica de la reconquista del Sudán*, Madrid, Turner, 2003. De todos modos, como se podrá observar en la página 21 de esta edición, el párrafo referido ha sido acortado extrañamente, quizá por obra de algún duende tipográfico. Así pues, sólo queda la primera parte: «Así, durante varios siglos, la situación del Sudán puede resumirse como sigue: la raza dominante de invasores árabes extendía cada vez más su sangre, religión, costumbres y lengua entre la población aborigen negra, hostilizándola y esclavizándola al mismo tiempo».

*Años de luchas* Pero volvamos a 1956, el año de la independencia, la fecha del inicio de este permanente conflicto. A grandes rasgos, se ha dicho que, como describió Churchill y como ha sucedido en ocasiones posteriores, aquella primera guerra enfrentó al norte árabe e islámico con el sur cristiano y animista de las etnias negras, sobre todo de los famosos dinka y los nuer. Sin embargo, hasta 1989, se podría decir que, a grandes rasgos, el enfrentamiento respondía casi en exclusiva a problemas raciales o a luchas por el control de los recursos naturales, ya fueran el agua, la tierra o el petróleo (tema éste que merecería un análisis propio). Fue en ese célebre año cuando otro golpe de estado, encabezado por Omar al-Bashir, todavía hoy presidente del Sudán, instauró en el norte del país un régimen revolucionario islámico que intentó imponer al resto del territorio la ley coránica (*sharia*), de modo que el elemento religioso se sumó, agravado ahora, a aquellos otros que habían sido recurrentes desde siempre. Con ello, se acrecentó el enfrentamiento que, desde tiempo atrás, mantenían los islamistas del norte con el Ejército Popular de Liberación de Sudán (SPLA) que lidera el dinka John Garang, que decía luchar por la independencia del sur. Esta guerra continuada parece haber concluido en los últimos meses, a partir de la reunión y las negociaciones que ambas partes mantuvieron en la ciudad keniana de Naivasha, donde acordaron tanto la fórmula para compartir el poder como el modo de administrar las

regiones limítrofes en disputa, que son precisamente las más ricas en agua y petróleo. Sin embargo, queda aún otro frente menos vistoso pero igualmente devastador, el de Darfur.

A principios del mes de junio de 2004, ocho personalidades europeas, casi todos antiguos ministros franceses como Bayrou, Rocard o Lang, a los que se añadía Emma Bonino, publicaban un manifiesto en *Le Figaro* que, con el título de «Soudan. Une insupportable indifférence», clamaba ante el nuevo drama: «Las informaciones que nos llegan de Darfur, en la parte occidental de Sudán, son cada vez más preocupantes. Tras la insurrección, a principios de enero de 2003, del Ejército de Liberación de Sudán (SLA) y del Movimiento para la Justicia y la Igualdad (JEM) contra el poder central de Jartum, la población civil, de etnia negra y religión musulmana, de las tribus fur, massalit y zaghawa ha padecido violaciones, saqueos y desplazamientos forzosos. Estos ataques son obra de milicianos árabes, los *jan-jawid* que, con el apoyo del ejército sudanés, practican una verdadera política de limpieza étnica»<sup>3</sup>. Y, sin embargo, a pesar de que Darfur acaba de llegar a nuestros oídos, tampoco es un enfrentamiento nuevo y demuestra que la paz sudanesa no sólo exige solucionar los clásicos y manidos conflictos entre el norte y el sur o entre árabes y negros, sino que requiere reparar otros problemas mayores.

<sup>3</sup> «Soudan. Une insupportable indifférence», *Le Figaro*, 3 de junio de 2004. El texto fue suscrito en España por diversos directores de medios dedicados al estudio de la política internacional. Véase «Sudán: una indiferencia insostenible», *El País*, 16 de junio de 2004.

*El antiguo reino de Darfur* Darfur (el país de los fur, en lengua árabe) fue un antiguo reino, independiente hasta 1916, que debe su nombre a esa etnia fur, un pueblo de campesinos negros que ha habitado tradicionalmente las tierras que rodean el macizo montañoso del Jebel Marra, un enclave que sirve de transición entre el árido desierto libio al norte y el paisaje de la sabana al sur. Situado al noroeste del Sudán, junto a la frontera con el Chad, lo que denominamos Darfur ocupa en realidad un inmenso territorio, más grande que España. Por lo demás, se trata de una región dividida en tres provincias geográficas, las del norte, el este y el oeste. La mitad septentrional es desértica, sahariana, y está habitada principalmente por nómadas árabes, camelleros en su mayoría. Las otras dos zonas, menos pobres pero igualmente escasas en recursos, han estado ocupadas tradicionalmente sobre todo por población negra (campesinos massalit o fur, pero también por los seminómadas zaghawa) a los que, con el tiempo, se han ido uniendo pastores (en su mayoría) árabes, como los zureiqat, los taaishah o los bani hussein. En esta segunda zona, en particular en el centro de la región, los choques entre unos y otros han sido constantes, sobre todo en épocas de sequía, aunque la mediación tribal solía funcionar en el pasado. Además, es una zona relativamente superpoblada, con alrededor de seis millones de personas, muchas si tenemos en cuenta los recursos disponibles, donde conviven varias tribus que comparten la religión islámica. Sin embargo, la lengua oficial, el árabe, es minoritaria, como lo son también los propios árabes. Así pues, como ocurre en muchos otros lugares de África, como ocurría en parte en Ruanda, las peleas en *casa* de los fur fueron siempre disputas entre, por un lado, ganaderos que buscaban agua y pastos para sus rebaños y, por otro, agricultores que intentaban proteger sus parcelas de tierra y sus escasas pertenencias.

En ese difícil contexto, la extraordinaria sequía y la consiguiente hambruna que padeció la zona a principios de los años ochenta hicieron que los roces y las querellas tradicionales se convirtieran en una auténtica crisis. De hecho, desde mediados de esa década, han sido continuos los ataques árabes contra los poblados de los fur, asaltos agravados a partir del golpe de estado de 1989 y, además, en un momento en el que, tras finalizar la guerra del Chad a principios de los noventa, era muy fácil obtener todo tipo de armas. De ese modo, la nueva década fue escenario de múltiples y complejos enfrentamientos: los fur en alianza

con el SPLA contra grupos de la tribu árabe de los bani halba, cuyo emir es uno de los líderes de los denominados *janjawid*; los árabes del clan *um jullul* contra los massalit, uno de los pueblos de etnia negra que, dada su tradicional resistencia al gobierno musulmán de Jartum, más persecuciones ha sufrido; los árabes rezeigat contra los zaghawa, de etnia negra pero pastores, etcétera. Fue precisamente por entonces cuando se hizo célebre esa palabra con la que se denomina a las diferentes milicias árabes, los *janjawid* (los jinetes del diablo, los jinetes armados), milicias que recuerdan, con las diferencias que separan ambos casos, a los célebres y terroríficos grupos hutu conocidos como *interahamwe* (los que combaten juntos) que encabezaron el genocidio ruandés contra los tutsi. De todos modos, esas milicias no aparecieron de la nada ni era la primera vez que el gobierno central recurría a tal método. En 1989 promulgó la famosa ley sobre las Fuerzas de Defensa Popular, norma que daba cobertura legal a los grupos paramilitares y que mostraba la voluntad de usarlos en su provecho. Por aquel entonces, y en otros contextos, se les conocía como *murahilin* (una deformación del árabe *marahil*, es decir, nómada) y los *janjawid* son sus sucesores en Darfur.

*Las variadas razones del conflicto* Estas continuadas represión y aniquilación de pobres contra miserables, de mercenarios (más mercenarios que árabes) contra negros, de nómadas (que en el pasado pudieron ser agricultores y pueden volver a serlo) contra sedentarios (que en tiempos quizá fueran pastores y acaso lo sean en un futuro) se agudizaron a principios de 2003. Massalits, zaghawas o furs aparcen entonces sus diferencias y se unen bajo ese denominado Movimiento de Liberación de Sudán (SLA). Inician así una victoriosa revuelta encabezados por el ya fallecido Addallah Abaklar, un experimentado militar que había participado en la guerra del Chad. A la lucha se presta también el ya citado Movimiento por la Justicia y la Igualdad (JEM), un grupo con diferentes presupuestos pero con el que comparte su oposición al gobierno de Jartum. Ante los reveses sufridos, y la humillación que eso significa, el presidente decide cerrar las fronteras y sustituir al gobernador regional. Éste, a su vez, recluta, equipa y rearma a esas milicias *janjawid* que, apoyadas por el ejército y la policía, asesinan a civiles, queman cosechas y arrasan pueblos enteros. Y así durante meses, hasta sofocar la revuelta, con ataques imprevistos a las primeras luces del alba y al anochecer o con refriegas cotidianas que trastocan todo sentido de la existencia e infunden el miedo. La conclusión es conocida: varias decenas de miles de muertos, unos rebajan la cifra a cincuenta mil y otros la multiplican por ocho, y un millón largo entre desplazados y refugiados, sobre todo en el Chad, cuyo presidente, Idriss Déby, es además un musulmán de la tribu negra de los zaghawa. Una guerra, pues, sin planes estratégicos, sin normas, sin líneas de frente, pero con razones.

Como se ha dicho con anterioridad, la razón primera de este conflicto, la que subyace en el fondo, es también la disputa secular por los recursos, en particular la tierra y el agua. A ello podría añadirse, en segundo lugar, el sentimiento de marginación territorial que sienten los habitantes de la zona. De ahí que sus reclamaciones sean las de demandar inversiones para la región, con las divisas que genera el petróleo, pedir la celebración de elecciones libres, acabar con la imposición de gobernadores nombrados por Jartum y obtener una mejor representación política en el ámbito nacional. Es decir, conseguir una mayor autonomía restaurando el equilibrio tradicional de poder en la zona. Asimismo, el SLA y el JEM han exigido sin mucho éxito su inclusión como parte activa en las negociaciones entre el gobierno y el ejército del sur, el SPLA, de forma que sus reclamaciones fueran tratadas al mismo nivel. Finalmente, está la cuestión interétnica y religiosa.

Hay un hecho que parece incontrovertible: uno de los problemas más sentidos es el que deriva de la desconfianza secular de las tribus y etnias periféricas hacia aquellas otras que proceden del valle del Nilo, ya que estas últimas, y los latifundistas árabes en particular, han sido las que han gobernado el país desde su independencia (pero no las que gobernaron el extinto sultanato de Darfur, expansionista también en su momento). Y esa suspicacia está presente tanto en esta zona noroccidental como, por ejemplo, en la costa oriental del país, donde el pueblo beja, el grupo étnico no-árabe (pero también musulmán) más grande entre el Rio Nilo y el Mar Rojo, tiene una percepción similar; o en la vecina provincia del Kordofán, la región de los montes Nuba, en la que el pueblo de ese nombre lleva años en difícil convivencia con los baggara (que procede del término árabe *bagar*, vaca), nombre éste con el que se conoce a muchas de las tribus nómadas-árabes de la zona central y occidental del Sudán, así como del este del Chad. De todos modos, hay que señalar que en el caso de Darfur, y ocurre algo parecido en otros lugares del territorio sudanés, el término árabe no es tanto racial como cultural, es decir, remite más bien a individuos o a pueblos arabizados. Además, en esta zona todos son musulmanes, es decir, los *árabes* de Darfur pueden reunir la condición de negros, indígenas, pobres, africanos y musulmanes, a diferencia de lo que ocurre en el conflicto norte-sur al que se ha hecho referencia más arriba. Eso sí, atravesándolo todo y de forma variable, queda la memoria, la de los descendientes de los antiguos esclavos negros en el sur y la de los hijos de los traficantes seculares en el norte. Es algo que ya Churchill dejó escrito: «Pronto, la raza más fuerte comenzó a abusar de los sencillos aborígenes; algunas de las tribus árabes se componían de criadores de camellos, otras, de pastores de cabras; los de más allá eran baggaras o vaqueros. Pero todos, sin excepción, eran cazadores de hombres»<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> La guerra del Nilo, *op. cit.*, pág. 21.

<sup>5</sup> El informe de la comisión nombrada por la ONU no ha mantenido esa calificación: «La Comisión llegó a la conclusión de que el Gobierno del Sudán no había aplicado una política de genocidio». Es decir, «atacar, dar muerte o desplazar por la fuerza a miembros de algunas tribus no entraña necesariamente la intención concreta de aniquilar en todo o parte a un grupo por motivos raciales, étnicos, nacionales o religiosos». Ahora bien, el informe concluye: «La Comisión reconoce que en algunos casos hay personas, entre ellas funcionarios del gobierno, que pueden cometer actos con una intención genocida. Que así haya ocurrido en Darfur, sin embargo, es una determinación que únicamente puede hacer un tribunal competente en cada caso en particular». Véase el Informe de la Comisión Internacional de Investigación para Darfur, Ginebra, 25 de enero de 2005 (Comunicación del Secretario General al Consejo de Seguridad núm. S/2005/60). La Comisión cumplió así con la resolución 1.564 de la ONU de 18 de septiembre de 2004 y recomendaba, como así ha sido, llevar el caso de Darfur ante el Tribunal Penal Internacional.

*La comunidad internacional* A pesar de todo, a pesar de los muertos y las atrocidades, poco o nada ha hecho la comunidad internacional al respecto, encenagada en otras guerras y soliviantada por otros asuntos: los recurrentes enfrenamientos del Oriente Próximo, las periódicas sacudidas del Cáucaso, las pasadas elecciones americanas o la ampliación de la Unión Europea ocupan por ahora un lugar preeminente en las preocupaciones cotidianas. Fue el secretario general de las Naciones Unidas el que, precisamente con motivo del Día Internacional de Reflexión sobre el Genocidio de Rwanda, manifestó a primeros de abril de 2004 su preocupación «ante la magnitud de las violaciones de los derechos humanos denunciadas y la crisis humanitaria declarada en Darfur», una crisis que se atrevía a calificar como «depuración étnica»<sup>5</sup>. Esta llamada de atención pareció rendir frutos poco después con el acuerdo que las partes en conflicto firmaron en la ciudad chadiana de N'djamena, acuerdo que, por diversas razones, sigue incumplido hasta ahora. Y ello, a pesar de las diferentes resoluciones de la ONU, en particular la 1.556 de 31 de julio de 2004 y la 1.593 de 31 de marzo de 2005. Las sanciones previstas, el embargo aplicado y las visitas de los inspectores del organismo internacional no han sido suficientes, pues el gobierno sudanés no ha satisfecho las condiciones exigidas, en particular en cuanto al desarme de las milicias *janjawid*, sobre las que dice carecer de control alguno.

Así pues, no debe extrañar que las observaciones finales que recoge uno de los últimos informes oficiales, el de 31 de agosto de 2004, sean ciertamente pesimistas. Se puede leer allí que «siguen produciéndose ataques contra civiles y la gran mayoría de las milicias armadas no ha depuesto las armas. Además, tampoco se han adoptado medidas concretas para llevar ante la justicia a ninguno de los dirigentes de las milicias o a los autores de los

ataques, y ni siquiera se han adoptado medidas para determinar quiénes son, lo que ha permitido que continúen las violaciones de los derechos humanos y las leyes básicas de la guerra en un clima de impunidad. Después de varios meses de conflicto y tras la aprobación de diversas resoluciones por parte del Consejo de Seguridad, el Gobierno del Sudán no ha podido resolver la crisis de Darfur y tampoco ha cumplido algunos de los compromisos fundamentales que ha asumido». Más aún, determinadas actitudes gubernamentales van justamente en el sentido contrario. Por ejemplo, hay constancia de que se ha estado reclutando a miembros de las milicias *janjawid* como agentes de policía y seguridad en Darfur o en otros lugares del Sudán y de que las autoridades están modificando los cargos que pesan contra los delincuentes comunes para acusarlos de pertenecer a dichas milicias *janjawid*, en un claro intento de subvertir el proceso y proteger a esos mercenarios frente a responsabilidades futuras. De ahí, que con la citada resolución 1.593 se haya decidido remitir la situación de Darfur desde el primero de julio de 2002 al Fiscal del Tribunal Penal Internacional, aunque Sudán no reconozca jurisdicción alguna a ese organismo y se haya negado a entregar a los presuntos responsables.

En fin, como dijera Conrad en *El corazón de las tinieblas*, «¡El horror! ¡El horror!», la guerra que va y viene, que se apaga y se recrudece una y otra vez, siempre contra los indefensos. Sumemos a ello los estragos de la polio, las fiebres hemorrágicas que acompañan al virus ébola, la seguía, las lluvias, la plaga de langosta... ese es el panorama de centenares de miles de refugiados y desplazados. Pero volvamos a Kapuscinski: «Quien tiene armas tiene comida. Quien tiene comida, tiene poder. Nos movemos entre personas que no piensan en la trascendencia ni en el sentido y la naturaleza del ser. Estamos en un mundo en que el hombre, arrastrándose y escarbando en el barro, intenta encontrar en él cuatro gramos de cereal que le permitan vivir hasta el día siguiente».

*Tan lejos, tan cerca...* Aunque sea comprensible, no deja de ser lamentable que periodistas, historiadores o analistas de distinta condición recurramos a explicaciones monocausales y reduccionistas cuando tratamos de explicar los conflictos que acontecen fuera de las fronteras europeas (y, a veces, incluso dentro). Entre aquéllas, hay dos cuyo uso es proverbial: la religión, encubierta a menudo como choque de civilizaciones, y la etnia. Ciertamente es que no siempre se hacen explícitas, pero no lo es menos que, por lo general, subyacen en buena parte de nuestros discursos. He intentado exponer aquí que en el caso de Darfur esa pauta no funciona ni debería ser utilizada abusivamente, pero no es el único lugar donde se muestra inservible, hay otros muchos que servirían de refuerzo. Tomemos, por ejemplo, el conocido conflicto de los Grandes lagos, el que ha enfrentado a las comunidades de tutsis y hutus de Ruanda y de los países vecinos. ¿Qué habría sino resentimiento atávico, violencia tribal finalmente desatada? Si ese odio africano no se había manifestado con anterioridad, la paternidad debería atribuirse a las buenas maneras del colonizador europeo, a su hercúlea tarea civilizadora. De hecho, habría sido la independencia de esa pequeña república lo que habría encendido el fuego del enfrentamiento reprimido. Sin embargo, esa idea expulsa otros procesos menos reconfortantes.

Pensemos, por ejemplo, en lo ocurrido cuando los *padres blancos* llegaron a aquel lugar y creyeron hallar en los tutsis, más esbeltos y de piel más clara que sus vecinos hutus o twas, a los herederos de Cam, hijo de Noé. Por tanto, aunque malditos con aquel sol ennegrecedor, eran miembros de su propia estirpe, como dijera el célebre conde de Gobineau. Y así se lo hicieron saber, a ellos y a sus príncipes; les hicieron saber que eran la mino-

ría elegida para gobernar legítimamente, como habían hecho siempre, e imponerse a la mayoría hutu, a los campesinos bantúes. Ciertamente que no siempre habían estado allí y que habían llegado del norte, pero ¿acaso la historia de Francia y de otros reinos y repúblicas vecinas no era una historia de invasiones? ¿Acaso el bantú no había hecho lo propio con el twa? Sin embargo, y con el tiempo, como signo de los tiempos que imperaban en la metrópoli, esos mismos *padres* repararon en su error, y enseñaron a los hutus su condición de víctimas, de oprimidos, la necesidad de rebelarse, de liberarse de su condición de vasallaje y tomar su propia Bastilla.

Entre unas cosas y otras, el resultado fue lo que denominaríamos la *etnización* del país. Hay un ejemplo muy conocido. Cuando los belgas han de proceder a la elaboración del censo en 1930, establecen que la posesión de ganado es un signo de prestigio y que, en consecuencia, quien posea determinado número de cabezas ha de ser tutsi y, por oposición, el resto forma parte de la comunidad hutu. De este modo se fija para siempre el criterio étnico y se inscribe sobre el papel, en los documentos de identidad. Es decir, una realidad secular más o menos difusa y cambiante pasa a ser una tradición establecida (por el otro) y ésta deviene finalmente memoria colectiva ⑥.

Por supuesto, ésta no es la explicación, esa parte de la historia no explica todo lo sucedido después, no explica en su totalidad la brutal *temporada de machetes* que siguió, todos los días durante un par de meses, de ocho a tres, ni explica la banalidad del mal ⑦. Pero permite comprender ciertos aspectos, reconstruir parte del rompecabezas. Muestra, eso sí, cómo los europeos acostumbramos a aplicar una mirada simple sobre los pueblos distantes, ya sea en términos de raza, de religión o de cualquier otro factor; y muestra, esto también, algunas de las consecuencias que de ello se derivan. Quizá el error sea más profundo. En muchas ocasiones, al establecer la existencia distintiva e histórica de uno o varios grupos étnicos se supone que trazamos ese mismo recorrido para su cultura, como si todo ello fuera una unidad inseparable y continua, desde el pasado más remoto hasta hoy. Es decir, como si fuera algo aislado, separado, sin modificaciones ni vaivenes, como si todos los tutsis siempre hubieran sido aristócratas camitas y los hutus no hubieran sido otra cosa que campesinos bantúes, desprovistos de cualquier privilegio tribal, como si jamás se hubieran mezclado.

Esta última reflexión me lleva al que quizá sea uno de los textos más relevantes sobre el asunto, el publicado hace ya algunos años por el antropólogo Frederik Barth ⑧. Este autor se separaba de aquella tradición herderiana que habría creído que etnia y cultura eran sinónimos, afirmando, por su parte, que lo importante sería estudiar los procesos de construcción y transformación de las fronteras étnicas. Esos límites existen, decía, a pesar del continuado tránsito que soportan. Y también existen los grupos étnicos, categorías con las que se adscriben e identifican los sujetos y que les permiten relacionarse de determinada manera. Ahora bien, son grupos humanos cuyas ideas y valores, cuyos patrones de existencia, no reflejan necesariamente diferencias en su orientación cultural. Así pues, aunque la categoría étnica pueda presuponer una diferencia de ese tipo, ambas cosas no son términos sinónimos. Los rasgos que un grupo asume como propios no son, pues, el resultado de un conjunto de diferencias «objetivas», sino el corolario de lo que los actores consideran significativo. Así, determinados contenidos culturales serán tomados en consideración y usados instrumentalmente, mientras que, en cambio, otros serán relegados u olvidados. De ahí que su objeto de análisis fuera el *límite* étnico que define a un grupo determinado y no el contenido cultural que pueda encerrar. Y ello porque el límite permanece, a pesar de

⑥ Véase, por ejemplo, el texto de Maurizio Bettini: «Contra las raíces. Tradición, identidad, memoria», *Revista de Occidente*, julio-agosto de 2001, págs. 79-98.

⑦ Sobre Ruanda, hay varios libros que conviene leer. Entre ellos: Philip Gourevitch, *Queremos informarle de que mañana seremos asesinados junto con nuestras familias: historia de Ruanda*, Barcelona, Destino, 1999; David Rieff, *Una cama para una noche*, Madrid, Taurus, 2002; Veronique Tadjo, *La sombra de Imana*, Barcelona, El Cobre, 2003; y el de mayor crudeza, el de Jean Hatzfeld, *Una temporada de machetes*, Barcelona, Anagrama, 2004.

⑧ Frederik Barth (ed.), *Los Grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica 1976, en particular su introducción, págs. 9-49.

que sus contenidos originales hayan cambiado, pero permanece no a partir de algo aislado, sino como fruto de la interacción social. Se trataba, así, de una perspectiva constructivista que ahondaba en cómo las relaciones entre individuos y grupos acababan creando esas fronteras, en virtud de una expresión y una ratificación continuadas. Y lo que es más importante: la continuidad histórica asumida o la semejanza cultural percibida no serían las causas de esos límites, sino sus consecuencias. De ahí la importancia de no forzar aquella continuidad histórica o esta percepción cultural.

Pues bien, en ese volumen de 1969, Barth anotaba que uno de los casos más sorprendentes era el que presentaba el antropólogo noruego Gunnar Haaland sobre Darfur, un espacio sobre el que el propio Barth también había investigado ⑨. En aquella región, uno podía observar precisamente cómo los fur, agricultores de azada, cambiaban su identidad asumiendo la propia de los pastores árabes. Si se adaptaban al modo de vida de sus vecinos baggara era porque sus oportunidades económicas eran escasas, en comparación con las que existían entre éstos. Paradójicamente, eso alimentaba el nomadismo de los baggara, que en otros lugares tendían a hacerse sedentarios, pero también creaba un sector nómada propiamente fur, similar en subsistencia a los baggara, pero de rasgos culturales distintos. Ahora bien, nada de eso era irreversible, pues la innovación agrícola podía no sólo detener el proceso, sino invertirlo. Así pues, eso había permitido la existencia de límites étnicos ambiguos, pues en principio acceder a los pastos o a la tierra estaba en función de la inclusión de una determinada comunidad, algo automático que se derivaba de la práctica agrícola o ganadera, algo implícito en el hecho de ser un fur o un baggara. Con esa ambigüedad, los límites étnicos organizaban de forma positiva las relaciones sociales, pudiendo reducir al mínimo las diferencias culturales. Sin embargo, y de forma premonitoria, Barth concluía que esa interacción, esa confianza, esas transacciones, se bloquearían en ausencia de confianza y dependían sobre todo de la variable de la seguridad regional.

Así pues, no hay razones simples, no hay explicaciones monocausales. Lo importante es ese proceso complejo, ese caos, esa interacción, la forma cómo se construyen las fronteras o, si queremos decirlo así, lo importante son los cambios en las diferencias culturales que definen los límites étnicos.

⑨ «Esferas económicas en Darfur», en Raymond Firth (ed.), *Temas de antropología económica*, FCE, México, 1974, págs. 150-174.

